

Dr. Kevin E. Frederick, Valdenses, Lección 3, Un testimonio transformador, El papel de la predicación. © 2024 Kevin Frederick y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 3, Un testimonio transformador: el papel de la predicación.

El título del sermón se llama Un testimonio transformador y comenzaremos con Mateo 28, comenzando con el versículo 16 y hasta el versículo 20.

A lo largo de los siglos, los cristianos han reconocido la importancia central de las buenas nuevas del evangelio en este mandamiento de Jesús, que fue dado al final de su ministerio terrenal. En Mateo 28, que llamamos la Gran Comisión: Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones. Ningún grupo cristiano tomó este mandato tan en serio como los seguidores del hombre llamado Valdez, Waldo, del siglo XII, de la ciudad de Lyon, Francia.

En este sermón, examinaremos cómo Valdez interpretó y aplicó la Gran Comisión en su propia vida y cómo el testimonio de este hombre inició un movimiento cristiano que comenzó en el siglo XII y continúa hasta nuestros días. Al escuchar esta historia, los invito a dar gracias por este testimonio de fe y a preguntarse: ¿qué podemos hacer hoy para tomar la palabra y el testimonio del evangelio más en serio en nuestras vidas? Lo que eventualmente se conocería como el movimiento valdense o la descendencia valdense comenzó de manera bastante inocente cuando un hombre rico llamado Valdez en el año 1172 se sintió convencido por las Escrituras de renunciar a su riqueza y aceptar el llamado a proclamar la palabra de Dios en el lenguaje común de los laicos. Valdez era un líder empresarial en Lyon, Francia, y un líder laico de la Iglesia Católica Romana.

Waldo sintió el deseo de aprender más acerca de Dios estudiando las Sagradas Escrituras en su propia lengua, y pagó a dos funcionarios de la iglesia para que le tradujeran secciones enteras del Nuevo Testamento. Después de estudiar y orar, se sintió convencido por Mateo 19:16 al 21 y Mateo 28, 18 al 20 de vender sus posesiones y comenzar a predicar el evangelio a sus vecinos de Lyon. A finales del siglo XII, en toda Europa occidental, había un deseo cada vez más urgente entre los laicos de aprender el significado más profundo de la fe cristiana.

La gente acudía a la Iglesia en busca de orientación y educación, pero la enseñanza de la fe no era lo que la Iglesia Católica Romana entendía que era su vocación principal. De hecho, la jerarquía eclesiástica y su deseo de controlar el conocimiento trabajaron activamente en contra de atender esta necesidad identificada de los

laicos. En la Iglesia medieval primitiva, sólo los obispos, los arzobispos y el Papa predicaban la palabra de Dios.

Así pues, para cualquier cristiano oír un sermón predicado en su propia parroquia era verdaderamente un acontecimiento poco frecuente. En aquellos tiempos era una experiencia común para la mayoría de los cristianos no haber oído nunca ni un solo sermón o tal vez haber oído sólo un sermón en su vida. Pero incluso cuando el obispo predicaba, el sermón se pronunciaba en latín.

Sólo el 1% más erudito de la comunidad cristiana podía entender el mensaje que se transmitía en el sermón. La oscuridad del significado de la palabra de Dios ayudó a la jerarquía de la iglesia a mantener el status quo, que estaba envuelto en su propio secreto. Los líderes de la iglesia creían que la mayor parte de la palabra de Dios estaba destinada a ser entendida sólo por los pocos líderes y eruditos privilegiados de la iglesia que tenían un amplio conocimiento del latín.

La rareza de la predicación de un sermón, combinada con la falta de comprensión del latín por parte de los laicos, significaba que el significado de la palabra de Dios en lo que se refiere a la vida de uno tenía poco o ningún papel relevante en la vida de la gente común. El papel principal del párroco en la Iglesia Católica Romana del siglo XII se limitaba a realizar los siete sacramentos. Los sacramentos oficiales de la iglesia de esa época incluían tres sacramentos pastorales: uno de penitencia, de unción de enfermos y de extremaunción, dos sacramentos de servicio sagrado, que incluían las órdenes sagradas, que es la ordenación al ministerio, y el sacramento añadido a principios del siglo XII del matrimonio, y dos sacramentos bíblicos elementales del bautismo y la Eucaristía, la Cena del Señor.

Durante la época de Waldo, cada miembro de la iglesia que asistía al culto cada domingo recibía del sacerdote oficiante el sacramento de la Cena del Señor, en forma de pan solamente, mientras que el vino estaba reservado para el clero y otros funcionarios de la iglesia. La liturgia de la misa que rodeaba la Cena del Señor se realizaba en latín, por lo que la gente no tenía idea de lo que el sacerdote estaba diciendo y solo tenían una vaga noción de que en la celebración de la misa, el pan y el vino de alguna manera misteriosa se convertían en el cuerpo físico y la sangre de Jesús. La falta de comprensión de lo que se decía en la mesa del Señor llevó al desarrollo de una frase popularizada utilizada a lo largo de los siglos por magos y niños, todavía reconocida hoy como un encantamiento mágico, Hocus Pocus Dominicus , y deriva de la frase latina Hocus Corpus Maum Domini.

Esta es una traducción latina que cita a Jesús del Evangelio de Lucas que se usa en la misa católica romana, que se traduce como "este es mi cuerpo", Domini significa Señor. Debido a la creencia de la iglesia de que la mayor parte del conocimiento sobre la fe cristiana debía ser guardado en secreto por servidores de la iglesia con formación teológica, no hubo ningún esfuerzo real por parte de los líderes de la

iglesia para educar a los laicos sobre el significado de la celebración de la Eucaristía. Antes de 1184, la cuestión de Valdés para la jerarquía de la iglesia católica era pastoral, el conflicto entre un llamado interno muy potente a la pobreza misionera y los derechos legales rituales de la iglesia institucional.

Se esperaba que Valdés y sus seguidores sometieran su celo a la jurisdicción de la jerarquía, que no compartía su ferviente aspiración a la pobreza apostólica ni su renovado sentido de misión. El doble ministerio de Valdés, de abrazar un voto de pobreza y proclamar el evangelio al público en lengua vernácula, tocó una fibra sensible en la población de la ciudad de Lyon, y pronto, un número cada vez mayor de habitantes de la ciudad comenzó a acudir en masa a su predicación. Durante los años siguientes, había reunido a un grupo de seguidores hombres y mujeres, una *Societas Valdesiana*, una sociedad de predicadores itinerantes pobres que seguían a Valdo y proclamaban las Sagradas Escrituras por toda la ciudad de Lyon.

La predicación de Valdo también tocó una fibra sensible en la jerarquía católica romana. Debido a la fuerte oposición del obispo de Lyon a la predicación de Valdo y sus seguidores, Valdo apeló al Papa Alejandro III en 1179 para que le diera permiso para predicar. El Papa quedó tan impresionado por la sinceridad de Valdo y su sentido de vocación que lo bendijo y lo besó.

Sin embargo, el Papa ordenó a Valdo y a sus seguidores que predicaran sólo por invitación expresa de los obispos. Esta autorización no llegó. El obispo de Lyon se mantuvo firme y no permitió que los seguidores de Valdo predicaran.

Al explorar los evangelios y el papel que desempeñaron las mujeres en la vida de Jesús, Valdo y sus seguidores reconocieron que Jesús llamó a María Magdalena para que fuera y diera testimonio a los discípulos varones de la noticia de la resurrección. También citaron varios otros ejemplos de mujeres que proclamaron la buena noticia en los evangelios y las cartas de Pablo. El desafío más evidente lanzado por los valdenses contra el derecho canónico fue la predicación de las *Sorores valdenses*, las hermanas.

Aunque las mujeres predicadoras eran mucho menos numerosas que los hermanos, la igualdad sexual en la primera comunidad valdense era más que un principio en sí mismo. Formaba parte de su sistema de valores subyacente. Todos eran iguales en la misión que se les había encomendado.

En vista de estas violaciones contra la Iglesia madre, Valdo y sus seguidores fueron excomulgados de la Iglesia por el recién instalado Papa Lucio en 1184. Los valdenses crearon una profunda crisis de propósito y dirección dentro de la Iglesia precisamente porque Valdo y sus seguidores no se habían separado de la Iglesia Católica Romana. Los seguidores de Valdo, conocidos en esta etapa como los *Pobres de Lyon*, todavía mantenían su lealtad al sistema de creencias católico romano.

Se adhirieron a los principios esenciales de la fe, la Santísima Trinidad y la autoridad de la palabra de Dios. Creían en la naturaleza plenamente humana y plenamente divina de Jesucristo y utilizaban el antiguo credo apostólico en su culto. Los pobres de Lyon no cuestionaban la creencia en los siete sacramentos ni el culto a los santos.

Las dos distinciones que Waldo intentaba que la iglesia romana reconociera como expresiones válidas del ministerio, entre ellas la predicación en la lengua nativa del pueblo y la insistencia en que todo laico, hombre o mujer, tenía derecho a proclamar la palabra de Dios. En la antigüedad, el judaísmo estableció el idioma sagrado del hebreo como el idioma en el que se escribió la Biblia hebrea, mediante el cual se comunicaban todas las conversaciones con Dios y acerca de Dios dentro de la comunidad de fe. El Islam logró lo mismo dentro de su comunidad de fe mediante el uso del árabe.

Al crear lenguajes muy formales dentro del texto sagrado del judaísmo y el islam, la sacralidad de la fe y todas las cosas santas se separaron de la profanidad cotidiana. El impacto a lo largo del tiempo del uso de estos lenguajes sagrados tendió a alejar a la gente común de ambas religiones de cualquier tipo de relación personal con Dios y la jerarquía de la comunidad de fe. Jesús vivió en un mundo donde la lectura pública de la Biblia se comunicaba solo en hebreo, pero los laicos que lo rodeaban hablaban la lengua común del arameo, lo que hacía que la profundidad del significado y los matices de las Sagradas Escrituras estuvieran disponibles solo para la élite educada.

Aunque Jesús podía usar y hablar hebreo cuando trabajaba con la Biblia hebrea, cuando enseñaba a sus discípulos lo hacía en arameo, utilizando parábolas cotidianas, sermones breves y oraciones fáciles de recordar en arameo, el idioma común del pueblo. La comunicación de Jesús acerca de Dios con la gente común de su época en la lengua vernácula hizo que la fe y la relación personal con Dios volvieran a ser accesibles a cada persona, independientemente de su nivel de educación. Parece irónico hoy que la Iglesia Católica Romana pase por alto este componente esencial del ministerio de Jesucristo.

Pero en la época de Waldo y sus seguidores, la Iglesia romana había restablecido firmemente una lengua religiosa formal, el latín, en todas las comunicaciones con Dios y acerca de él. Al establecer el latín como lengua sagrada en la cristiandad, mediante la cual se comunicaba la palabra de Dios y se instituía el culto, la jerarquía de la Iglesia romana erigió una vez más barreras a una relación personal con Dios que Jesús había derribado mucho tiempo antes. Al igual que con el idioma hebreo en los días de Jesús, la formalidad del latín separaba el mensaje de las Escrituras del Languedoc, que era la lengua de la gente de la región alrededor de Lyon, haciendo que las Escrituras fueran inaccesibles para todos, excepto para la élite educada.

De hecho, la Iglesia Romana calificaba de analfabeto a todo aquel que no supiera leer y escribir en latín, independientemente de si sabía leer y escribir en la lengua vernácula. Como resultado, todos los predicadores valdenses con formación formal, salvo unos pocos, fueron rechazados por la Iglesia por analfabetos. Al interpretar la Biblia en la lengua vernácula de su época, Valdo estaba restableciendo uno de los principios esenciales que se aplicaban en el ministerio de Jesucristo, que es proclamar la buena noticia de Dios en el idioma del público que lo escucha.

El regreso de Valdo a la comunicación de las Sagradas Escrituras en la lengua del pueblo fue un don de profundas implicaciones para el cristianismo medieval. La fe, una vez más, se convirtió en algo más intensamente personal y, al mismo tiempo, intensamente comunitario en su naturaleza porque podía ser comunicada y expresada en términos comprensibles para todos. Al hacer que las Escrituras fueran interpretadas del latín, la lengua sagrada de la Iglesia romana, al provenzal, la lengua común, en toda la región alpina que rodeaba Lyon, el sureste de Francia y el noroeste de Italia, conocida localmente en ese momento como una región llamada Occitania , abrió las puertas a la comprensión de la Biblia o del pueblo.

Cabe señalar que la bandera de Occitania , con la cruz francesa dorada centrada sobre un fondo rojo, todavía hoy la ondean muchos descendientes que se enorgullecen de sus raíces valdenses y regionales. Valdo proclamó la interpretación literal de las enseñanzas de Jesús, que debían ser modeladas por los predicadores valdenses en la vida de pobreza y servicio humilde. En cambio, el clero rico de la Iglesia Católica Romana no estaba tan dispuesto a hacer voto de pobreza ni a predicar en el idioma del pueblo.

A diferencia de la interpretación literal de las enseñanzas de Jesús en la lengua vernácula que hacían los valdenses, los obispos predicaban más comúnmente sermones alegóricos en latín. No se sentían obligados a imitar las enseñanzas de Jesús ni a promoverlas entre los laicos. En cambio, los seguidores de Valdo hacían hincapié en la adopción de las enseñanzas de Jesús en la vida de cada discípulo como énfasis principal de su predicación y llamaban a las enseñanzas de Jesús los preceptos del Señor.

También creían que la palabra proclamada debía ser puesta en práctica por el predicador y que los preceptos de Jesús debían ser modelados por sus seguidores a través de una vida de humildad y pobreza. Esto creó un contraste muy claro entre los pobres de Lyon y los lujosos estilos de vida de muchos obispos católicos romanos que se encontraban entre las personas más ricas de su época. Los obispos, junto con muchos sacerdotes, a menudo se entregaban a conductas licenciosas y de embriaguez impropias de un líder religioso.

Como resultado, ni el mensaje de los obispos ni el estilo de vida que demostraban arraigaron en los corazones de la gente. Waldo enfatizó que la predicación en sí

misma era un llamado santo que provenía de Dios. Creía que la persona llamada a predicar debía ser apartada únicamente para ese deber.

Este sentido de llamada tenía su precedente en la evangelización monástica de la Iglesia romana. Sin embargo, los pobres de Lyon fueron los primeros en dirigir su predicación no a los monjes ni a los funcionarios de la Iglesia, sino al público en general. En el momento de la excomunión por parte del Papa en 1182, los compañeros de Waldo ya se habían sentido llamados a predicar no sólo a pesar de la ausencia de predicación oficial, sino precisamente a causa de ella.

Como resultado, la excomunión no hizo más que envalentonar a los seguidores de Waldo para que se adhieran a su vocación. Cuando fue juzgado por el papado, el propio Waldo respondió a la condena oficial de la Iglesia a la predicación de los pobres de Lyon citando Hechos 5, 27-30 para justificar su obediencia a Dios. Debemos obedecer a Dios antes que a cualquier autoridad humana, decía.

Pero citar esa respuesta bíblica abrió aún más la brecha entre la Iglesia romana y los seguidores de Waldo. Citar las Escrituras como defensa contra la decisión papal de excomulgar a los pobres de Lyon tuvo el efecto sugerido de anular por completo la autoridad del Papa como vicario de Cristo, quien, según la Iglesia Católica Romana, era el único y verdadero portavoz de Cristo. Es importante reconocer que Waldo no intentó usurpar la autoridad del Papa.

Durante todo este tiempo, su intención principal fue seguir fielmente su llamado y buscar un papel más importante para los laicos en la vida de la Iglesia. Los pobres de Lyon fueron desterrados de Lyon, Francia, como resultado de su excomunión en 1184. En consecuencia, comenzaron a viajar en parejas por una zona cada vez más amplia de Europa, predicando durante los siguientes 30 años en toda la amplia región desde el sur de Francia hasta Austria y partes de Alemania.

La excomunión significaba que a los valdenses se les prohibía practicar el culto y participar en la comunidad de fe hasta que se retractaran públicamente de sus errores. Pero las divisiones entre la Iglesia romana y los valdenses continuaron creciendo. En 1215, en el Cuarto Concilio de Letrán, la Iglesia dirigida por el Papa Inocencio III condenó a todos los valdenses por herejes.

Esto convirtió oficialmente a los seguidores de Waldo en enemigos de la Iglesia. En opinión de la jerarquía católica romana, sus creencias heréticas debían ser erradicadas y eliminadas por completo, y ellos debían renunciar a su herejía o enfrentarse a la persecución y la muerte. De 1215 a 1230, los obispos católicos y los monjes de la Orden Cisterciense de los monasterios católicos fueron los primeros en encargarse de abordar los problemas relacionados con los pobres de Lyon.

Sin embargo, después de dos décadas, los obispos y los monjes cistercienses habían demostrado ser indulgentes con los herejes. Como consecuencia, en 1231, en respuesta a la amenaza de los valdenses, la Iglesia Católica Romana nombró a un sacerdote llamado Domingo para servir como líder de una orden dominica recién establecida, el Ordo Predicatorum, también llamada la Orden de la Predicación. Los dominicos fueron los primeros en recibir el poder de la jerarquía católica romana para entablar debates públicos o predicar con los herejes valdenses.

Se trataba de un intento de atraer a los herejes de nuevo al redil mediante la adopción en público de la lógica y el razonamiento que guiaban la teología de la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, esta estrategia, dirigida contra los pobres de Lyon, resultó completamente ineficaz. El público reconoció que los dominicos estaban comunicando un mensaje bíblico sin compasión.

El público los percibía como mensajeros religiosos estridentes sin ninguna demostración de amor. La persona promedio reconoció el contraste ejemplificado por los valdenses, a quienes los laicos identificaron como ortodoxos en la fe y la creencia, pero al mismo tiempo tenían las cualidades de la bondad humana básica y el amor en sus corazones, que vieron como verdadera expresión de Cristo. Los laicos también reconocieron que el mensaje de los pastores valdenses que comunicaban compasión estaba mucho más claramente integrado en sus vidas y se expresaba a través de la humildad y la compasión que la Iglesia romana, con sus obispos ricos y piadosos y sus dominicos punitivos, había ofrecido a la sociedad.

Ante el fracaso de la estrategia de debatir con los valdenses para recuperar su membresía en la Iglesia Católica, el Papa ordenó a los dominicos que llevaran a cabo la persecución de los herejes valdenses. La Iglesia había autorizado la posesión de todas las propiedades valdenses por parte de la Iglesia Católica en 1199 y a menudo condenaba a muerte a quienes eran identificados como herejes. En la década de 1250, el papel principal de los dominicos era procesar y destruir a todos los herejes, y fueron organizados por Roma para llevar a cabo la despiadada Inquisición.

El papado proporcionó a todos los inquisidores manuales de operaciones extensos que estandarizaban y categorizaban a todos los tipos de herejes. Este fue el esfuerzo más concertado y de mayor alcance que se haya desarrollado hasta ahora para librar a la sociedad de los enemigos identificados de la Iglesia. Así comenzó una trágica y vergonzosa persecución de los creyentes valdenses, que continuaría en diversos grados durante los siguientes 600 años.

Sin embargo, si no hubiera sido por el ascenso de los valdenses y sus esfuerzos por comunicar eficazmente las enseñanzas de Cristo, la Iglesia Católica Romana probablemente no se hubiera visto obligada en la Edad Media a cambiar su forma de predicar. La integración de las enseñanzas de los pobres de Lyon, combinada con sus acciones cristianas, obligó a los católicos romanos a adoptar cambios importantes en

su forma de funcionar en la Iglesia. Una atención recientemente intensificada por parte de los católicos a la predicación en la lengua del pueblo dio como resultado el establecimiento de la Orden Predicatorium en 1215, que autorizó no solo a los dominicos sino también a los franciscanos y a la Ordenanza Benedictina a predicar en la lengua del pueblo.

Esta respuesta creó un nuevo modelo para toda la Iglesia Católica Romana en su relación con los laicos, transformando así a la Iglesia Católica Romana. Hoy, damos por sentado la oportunidad de escuchar y entender la Palabra de Dios predicada en nuestro propio idioma, pero debemos mucho a los valdenses y a su mensaje claro y fiel testimonio del evangelio de Jesucristo. Los seguidores de Valdo integraron el llamado a proclamar la fe como parte del discipulado de cada uno de sus seguidores.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Les habla

el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 3, Un testimonio transformador: el papel de la predicación.